

Sobre la cordillera inferior del Tepotzuchitl, al lado meridional del camino, había numerosas fuerzas de infantería con sus competentes piezas de montaña, y un trozo de caballería.

En la hacienda de los Alamos había otra fuerza considerable de infantes.

Los carros entraron en la línea y la fuerza del Tepotzuchitl descendió compacta encarrilándose en el camino de Amozoc.

A las cinco de la tarde, dos fuertes columnas de infantería se desprendieron de la hacienda de los Alamos formando sobre la carretera.

Una descubierta de caballería forma la cabeza de la columna.

En el centro se coloca la artillería, seguida de un cuerpo de cien caballos de cazadores de Africa, cerrando la marcha el brillante cuerpo del 99 de línea.

Aquel ejército desapareció à pocos momentos entre las sinuosidades del terreno, sobre aquel camino que dos días antes cruzaba á tambor batiente y bandera desplegada.

Aquellos estandartes habían caído en pedazos en 1815 al golpe de los sables prusianos; pero no habían retrocedido ante la catástrofe de la derrota, ni de la muerte.

La bandera francesa se ha retirado dos veces en este siglo: al tornar las legiones de Napoleón el Grande entre las densas brumas del desierto de Rusia, y en México después de la jornada del 5 de Mayo de 1862.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



SEGUNDA PARTE.

POR DERECHO DE CONQUISTA.

CAPITULO I.

“VOILA VOTRE ŒUVRE, MADAME.”
LO QUE QUIERE DECIR EN BUEN CASTELLANO: HA QUEDADO
USTED DE TODOS LOS DIABLOS.

I.

Si la noticia de los tratados de la Soledad había agitado á la Europa, que veía en ellos la muerte de la Convención de Llundres; la nueva del rompimiento de relaciones entre los aliados era un verdadero escándalo en el mundo de la diplomacia.

Pintábase con los colores más sombríos la última conferencia y la actitud de los plenipotenciarios al borrar el pensamiento del pacto intervencionista.

En lo que se convenía generalmente, era en que M. de Saligny no tenía vergüenza, esto lo confesaban sirios y troyanos.

Con las tropas inglesas llegó á la Europa la noticia de que Laurencez caminaba á gran prisa sobre la capital de la República después de la toma de Orizaba.

Espanoles é ingleses denunciaron el atentado incalificable que envolvía la traición de Saligny.

Los franceses honrados é incapaces de una acción tan depravada, condenaron también la conducta de ese miserable que acaso sin necesidad imprimía una mancha á su bandera.

Napoleón III aprobó todo lo hecho por sus enviados, esto era de esperarse.

Discutióse en el parlamento inglés y en las cortes españolas la conducta de los plenipotenciarios; estos expusieron que la Francia había querido dar tormento á la Convención, volviendo aquella idea *civilizadora*, una conquista en toda regla, comprometiéndose altamente con esa formidable potencia que se llama la Unión Americana.

La Inglaterra cedió al oír ese nombre que la trae tan preocupada desde fines del siglo XVIII, y con la cual no romperá lanzas sean cuales fueren las complicaciones diplomáticas.

La España, por su parte, apoyó al Conde de Reus, y ambas naciones dejaron á la Francia la responsabilidad de la conquista de México.

Napoleón declaró que su bandera no necesitaba de alianzas para una empresa tan sencilla, y que no retrocedería un solo paso.

Este Mr. Johnson que tiene ocurrencias muy particulares, contestó con la mayor educación y refinamiento, que para no retroceder, lo más sencillo era dar media vuelta y seguir siempre de frente á bandera desplegada.

Parece que la Francia no echó el consejo en *saco roto*.

Thiers, Julio Favre y Picard, capitaneaban la oposición en la cámara francesa, haciendo una guerra sin cuartel á la empresa napoleónica en el continente americano.

Los diputados del Sena no trabajaban tanto por la causa mexicana, cuanto por la suya, que era librar á la patria de una vergüenza ante la Europa y el mundo entero.

Mil veces se dijo en la tribuna, que el siglo de las conquistas había pasado, que México no se dejaría arrebatarse su independencia, y que los Estados Unidos no tolerarían una monarquía vecina; que la potencia americana tenía los elementos para llevar adelante la doctrina Monroe, y que la Francia saldría de México, como José Bonaparte de la Coronada Villa.

El ministro Billault, bajaba *sin cartera* á los escaños parlamentarios, pronunciaba un gran discurso (por lo largo,) en que acusaba á los opositores de falta de patriotismo, hablaba de la gran empresa de S. M. del desarrollo gigante, de su amo Napoleón III, y otras majaderías que pasarían á la historia entre la burla de una época, si no arrastraran una memoria sangrienta.

La cámara votaba con el ministro, las galerías aplaudían á rabiar, y el tesoro de la Francia agonizaba de *anemia*.

II.

El mes de Junio de 1862. SS. MM. imperiales estaban en Fontainebleau.

La corte de Francia era visitada por los magnates más notables de Europa, y el brillo de la gloria militar alumbraba en todo su esplendor el trono de Napoleón III.

La Europa parecía prosternada ante el sólio de aquel hombre lanzado á la cúspide de la grandeza, en uno de esos sombríos arcanos de la humanidad.

Cuando Luis Napoleón lleva su diestra á la empuñadura de su espada, el mundo se pone en guardia.

No estaba aún corrido ese velo, tras el cual la Prusia ocultaba su poder gigante que hoy hace estremecer á la Europa.

De la nube del silencio no se desprendía aún la voz tonante de Bismark, y el hombre de Ham, era el árbitro de los destinos.

Yacía el nuevo Baltasar del siglo entregado á la regia ostentación de su grandeza, esperando ver llegar al cuartel de Inválidos las banderas mexicanas, despojos de su ejército en la victoria.

A un lado brillaba la hermosura deslumbradora de Eugenia, esa mujer sobre cuya faz no han dejado sus huellas las alas del tiempo, y cuya capacidad decide sobre la voluntad del augusto esposo.

En torno de la emperatriz hay un mundo obscuro y sombrío de súbditos invisibles.

Los jesuitas.

Esa raza tiene su laboratorio en las tinieblas, sus hilos no se perciben á la vista real, están atados al corazón y al pensamiento.

Esos hilos se tornan en cadenas que van á dar hasta el abismo.

Eugenia está influenciada por ese aliento de sepulcro que puede alguna vez helarle la sangre los latidos de su corazón *perinde ad cadaver*.

Los altos dignatarios de algunas monarquías asistían entre el fausto y el esplendor, al regio banquete en que ostentaba su lujo el señor de las Tullerías.

Napoleón III, que apenas se sonríe, estaba alegre y satisfecho, recibiendo el incienso quemado de continuo en sus altas.

Hablábase de la expedición de México, eterno sueño de su ambición.

Dejaba caer algunas frases que, recogidas por los favoritos, eran de una alta significación; esto consiste en que ese hombre piensa mucho antes de aventurar una palabra.

Ya hemos visto que una sola frase fué la declaración de guerra con el Austria.

Napoleón habla cuando ya tiene la espada desenvainada.

III.

—Mucha es la animación que hay en la corte, observaba un diplomático inglés, hablando á un coronel de Estado Mayor del emperador.

—Siempre que la Francia tiene pendiente algún negocio militar, la ansiedad se revela en todo: tenemos á tres mil leguas á nuestro ejército, que ya á estas horas debe haber ocupado la capital del reino de Moctezuma.

El diplomático se conformó con dar á su cabeza las oscilaciones del péndulo.

—¿Lo dudáis, caballero? preguntó el francés con algún ardor.

—No, coronel, estoy "casi" seguro del éxito de la expedición.

—La Francia será en América lo que en Europa, los soldados de Montebello agregarán á sus laureles las glorias de la intervención, ya veis que estamos solos, enteramente solos, sin que nos haya asustado el fin trágico de la convención de Londres.

—No es á las armas, dijo algo picado el diplomático por la alusión á la Inglaterra, á las que debéis temer, México está impotente; es á las notas americanas, nuestros hijos han saído un tanto altaneros.

—La Francia ha llevado desde el primer imperio sus armas á regiones lejanas, y la patria de Washington tiene sin cuidado á S. M. el emperador.

—No se trata de eso, caballero; sino de las complicaciones que traería en Europa la guerra con los Estados Unidos.

—La Europa entera, caballero, se aliaría con nosotros.

—En cuanto á la Inglaterra, no volverá á signar otra convención.

—Nadie puede decir de esta agua no he de beber.

—Pronto veremos claro en este negocio.

—Hoy precisamente debe llegar el *paquete*, con noticias muy importantes de México.

Varióse la conversación de aquellos individuos, cediendo á la hilaridad que reinaba en aquella sociedad tan distinguida.

IV.

—Estoy desolada, amiga mía, decía una dama de Eugenia á una de sus compañeras, la antesala de la emperatriz se ha vuelto un establecimiento de modistas.

—S. M. da el ejemplo entregándose á labores.

—Que no le corresponden.

—Es que la ociosidad es horrible.

—Bastante ocupa uno su tiempo en ataviarse.

—Efectivamente, arrastrar una *cola* tan larga, es carga de masiado pesada.

—¡Y tanto alfiler!

—Vamos, que con sólo disponerse para el paseo y el teatro, ya se tiene para rabiarse algunas horas.

—Las modas nos quitan el tiempo horriblemente.

—A propósito de teatros, este M. de Girardín es original.

—Dios mío, anoche nos han hecho agonizar con *El suplicio de una mujer*.

—No estuve anoche, por fortuna.

—Has de saber que Dumas, hijo, corrigió la pieza, y ambos autores se disputan el mérito de la obra.

—¿Quién comisionó á Dumas para mezclarse en ese negocio?

—La razón es sencilla, cuando se estrenó la comedia, el público se alarmó terriblemente; figúrate que una mujer entrega las cartas de su amante al marido.

—¡Qué horror!

—Es cierto que en Francia hay maridos que entregan al amante las cartas de su mujer; pero no es el mismo caso.

—De los palcos comenzaron á escribir esquelas á M. de Girardín, diciéndole que su obra escandalizaba; pero él no se daba por entendido y la representación seguía, y con ella el escándalo de la sociedad.

—¿Y no hubo quien silbara?

—No, amiga mía, la composición era tan buena que hubiera sido una barbaridad silbarla.

—¿Y qué pasó al fin?

—Que cayó el telón, y el público guardó un silencio sepulcral; siempre que se pone el dedo en la llaga hay algún grito, allí el grito fué el silencio.

—Supongo que la comedia concluirá en desafío.

—Nada de eso, fué una idea nueva, enteramente inesperada.

—No comprendo.

—El marido condenó al amante á la *ingratitude*.

—Ahora mucho menos.

—Ya hablaremos sobre eso, volvamos á Dumas, que sin per-

miso del autor corrigió la obra y la puso en escena, entonces el público le aplaudió desesperadamente.

—Yo opino porque la gloria es de Dumas.

—La idea es de Girardin, quien acusa á su forzado colega de haber matado su idea.

--Es gracioso el lance.

—Ya se están escribiendo folletos sobre el asunto.

—Pues que se tome un acto cada uno.

—Si son tres.

—Pues acto y medio. El juicio de Salomón a mi amiga.

—Yo conozco á los literatos, y primero dejarían dividir á un hijo, que partirse la diferencia de un aplauso.

--Este Dumas se escandaliza de *El suplicio de una mujer*, y no recuerda su *Dama de las camelias*.

--Ya la he leído seis veces, y no le encuentro nada que sea notable.

--Verdi ha sacado de ella un gran partido, pero allí la armonía ha matado detalles que la novela trae marcadísimos y son el todo de la obra.

—Los escritores son como las mujeres, siempre llenos de rivalidades.

—Sí, amiga mía, les gusta que alguno de su comunión se ponga en ridículo.

—Precisamente como nosotras: sin ir muy lejos, anoche en el teatro llevaba esa condesita que tanto nos molesta con sus pretensiones, un peinado de heno, que parecía barraca de los indios de América; luego que se presentó en el palco, se alzó un rumor en la luneta.

—¡Misericordia divina, qué abominación!

—Te aseguro que podía contener el tocado un nido de águilas....

—Algunos creerían que la condesita venía del campo.

—Era un ardone rústico cosechado en los campos de la Siberia, yo no podía contener la risa, la saludé tan cordialmente, que la condesita se alarmó.

—Es mal síntoma quedar satisfecha del adorno de un rival.

—Soy de tu misma opinión.

V.

Un portapliegos entró en el salón, y acercándose respetuosamente al emperador, puso en su mano un parte telegráfico transmitido de un buque correo que llegaba en aquellos momentos del golfo mexicano.

Abrió Napoleón III el pliego.

Descompósese su semblante, sus ojos se fijaron tenazmente en el mensaje, sus labios se contrajeron, su brazo temblaba y la emoción más siniestra se revelaba en el semblante del Emperador.

La concurrencia estaba atenta á cuanto pasaba.

Los síntomas del coraje reprimido, se dejaron ver el rostro imperial.

Tornó á leer el telegrama y después volviéndose á Eugenia, la dijo con ronco acento:

—¡Señora, he aquí vuestra obra!

Y dejó caer el papel en la mesa frente á la emperatriz.

La esposa de Napoleón pasó rápidamente la vista por aquellos renglones, lanzó un grito de sorpresa, y cubriéndose el rostro con el pañuelo, comenzó á llorar en silencio.

Levantóse el emperador, y saludando á la concurrencia se internó solo en los salones de Fontainebleau.

A los pocos momentos circuló por todo París, en voz baja y en son de duelo, el aciago rumor de que el ejército francés había sufrido un descalabro en los campos de América el 5 de Mayo de 1862.

VI.

Luis Napoleón es un gran político; la herida que llevaba en su orgullo era necesario hacerla sentir á toda la Francia.

—Las oficinas telegráficas se pusieron en movimiento y la nación entera recibió simultáneamente el aviso de la derrota.

La oposición y los hombres de criterio, hacían responsable á la política imperial del desastre de Mayo.

El pueblo y la prensa echaron la culpa á la España é Inglaterra, acusándolas de deserción al frente del enemigo.

La España y la Inglaterra, que ya habían vaticinado este suceso, acusaron á su vez á la Francia de imprevisión.

La nación francesa se sintió humillada en su orgullo militar; ya no era México aquel pigmeo á quien se le llevaba en cuerpo de patrulla á las mazmorras de la esclavitud: era un gigante á quien era preciso combatir en toda regla.

Las que poco antes se llamaban chusmas indisciplinadas, se estimaron como un ejército; y á aquel modesto ciudadano vencedor del 5 de Mayo, se le condecoraba por la misma Francia con el título de General en jefe del ejército mexicano.

México, como nación independiente, estaba colocada á esa altura á que la llaman aún sus destinos en el porvenir.

Los clarines de la guerra tocados en Fontainebleau, lla-

maban al combate á todo un pueblo, su bandera estaba comprometida.

El general Forey fué nombrado comandante en jefe, y cincuenta mil hombres de desembarque se entraron en los vapores de la Francia en pos de la venganza.

El buitre de las Tullerías batía sus alas en la noche de su destino, buscando en su sed de sangre el corazón de la víctima para extinguirla en la saturnal impía de sus rencores, el incendio y el asesinato!

CAPITULO II.

DEL MODO HERÓICO CON QUE DESAPARECIÓ LA BANDERA DE ZAPADORES, EN LA BATALLA DE BARRANCA SECA.

I

Al amanecer del 18 de Mayo de 1862, salía de Orizaba á la vanguardia de la columna francesa, un pequeño destacamento de voluntarios á las órdenes de un caballero que se presentaba como auxiliar del ejército francés.

La bruma densa de la mañana ocultaba á los viajeros que seguían rumbo á las cumbres de Acultzingo.

—Señor Don Fernando, decía Wask, temo mucho que las fuerzas reaccionarias no concurran á la cita y llevemos otra como la de Puebla.

—No temais nada, Zaragoza no puede calcular nuestro movimiento retrógrado, y cree batir solamente á la chusma mexicana.

—Desconfío ya de todo, la desesperación ha invadido mi alma como una tormenta, y á pesar del despecho, estoy trémulo ante la adversidad.

—Sois un fanático, Wask.

—Lo confieso; pero lo grande de nuestra empresa disculpa el estado terrible de mi espíritu.

—Yo juego acaso más que vos, y no he perdido la serenidad.

—Es que nuestras almas no son del mismo temple.

—Creía que la vuestra era más terrible; pera os veo anonadado, incapaz de llevar adelante ningún plan, ni.....

—Callad, Don Fernando, á vos que sois mi cómplice os descubra mi corazón, pero esto no lo sabe ni mi destino; tengo aún sobre el pecho una armadura de hierro donde se embotarán los golpes de la suerte,

—Tenéis un defecto, Wask.

—Indicadlo.

—No sabeis esperar.

—Es verdad, tengo á la fortuna por una ala y puede escapárseme en un movimiento; entonces me levantaría el cráneo de un pistoletazo.

—No está mal pensado, dijo Don Fernando con una calma imperturbable.

Wask lo vió con asombro, sus palabras penetraban en lo más hondo de su pecho, aquel acento tenía el timbre de Satanás.

—¿Sabéis, caballero, dijo el aventurero, que os voy cobrando terror? No sé qué hay en vuestra mirada que me espanta y en vuestro acento que me acobarda.

—Tenéis aprensiones verdaderamente raras, amigo mío.

—Es que me impacienta y enoja esa influencia tan marcada que ejercéis en todo mi ser.

—Ignoro de qué provenga, Wask.

—Yo os confieso que desde aquella noche terrible del incendio en que ví la luz de las llamas como al demonio de la desesperación, vuestro semblante se ha fijado en mi mente de una manera siniestra. Yo recuerdo haber visto vuestra melena sacudida por el aire de la noche, flotar como la cabellera de Lucifer, vuestra mirada era torva, tenía el brillo de la hoja de un puñal, y vuestra mano crispada escarmenaba los cadejos de vuestra barba..... Sí, Don Fernando, aquella carcajada espantosa á la vista del fuego y de la muerte, no he cesado de oirla un solo instante.

—Wask, estáis demente, habéis hecho de mí un Mefistófeles, vuestra imaginación exaltada os hace ver un fantasma donde sólo existe un hombre.

—Es que yo sé que nosotros tenemos de matarnos alguna vez.

Don Fernando dirigió á su interlocutor una mirada oblicua.

—Ya lo oís, caballero, os tengo á veces respeto, simpatía; porque vuestro valor y talento me la inspiran; pero va mezclado con una dosis de odio incomprensible que yo rechazo, pero que surge sin querer de los abismos siempre oscuros de mi alma.

Don Fernando puso, bajo su capa, la mano en la culata de su pistola.

—Vamos, Wask, abandonad vuestros pensamientos y tenedme como el mejor de vuestros amigos.

Wask permaneció en silencio; las brisas de la mañana refrescaban su frente calenturienta, y se disipaban las sombras de aquel cerebro donde estallada la tormenta siempre creciente de la ambición.

—Creo que os he dicho algo inconveniente, dijo el aventurero, después de media hora larga de distracción.

—No recuerdo nada, respondió Don Fernando.

—Puede ser, prosiguió Wask, pero estos accesos de histérico me ponen tan nervioso que desatino; os suplico que no hagáis aprecio, cuando me enfermo es seguro que vuelvo sobre las personas que me son más queridas; porque yo os estimo en alto grado.

—Gracias, Wask.

—Decidme que no me guardáis rencor alguno, para tranquilizarme.

Don Fernando tendió su mano y Wask la estrechó con fuerza sobre su pecho.

II.

La columna francesa, compuesta de cuatro mil hombres, al mando de Laurencez, se emboscó entre las lomas que rodean un punto llamado *Barranca Seca*, que está situado al descender de las cumbres de Acultzingo y como parte de ellas casi al terminar la sucesión de rocas que forman los primeros escalones de las montañas.

Aquel lugar es un anfiteatro cerrado, capaz de contener un gran número de gladiadores.

Barranca Seca debía ser ese día memorable, teatro de una lucha heroica y desesperada.

Los franceses tenían cita en aquel punto con las fuerzas de la reacción, que dispersadas en Atlixco, no habían podido tomar parte en la jornada del 5.

El día avanzaba y el silencio de las Cumbres no era interrumpido por eco alguno de alarma.

Los soldados de Laurencez no daban indicio de vida, permanecían en un silencio grave, sabían que á la menor imprudencia serían descubiertos y acaso batidos por el enemigo.

El día avanzaba y Laurencez envió algunos exploradores, que regresaron diciendo que se oían tiros lejanos y se

percibía el sonido de los clarines. Púsose en acecho el ejército francés, dentro de breves instantes iba á empeñarse una batalla.

Zaragoza emprendió su reconocimiento sobre el ejército en retirada, y sus caballerías estaban siempre á la vista del enemigo, que llegó á Orizaba, de donde se desprendió para auxiliar á la turba reaccionaria.

A las diez de la mañana llegaron á todo escape por el camino de Tehuacán las chusmas intervencionistas á quienes daban alcance las fuerzas republicanas, procurando encerrarlas en la bolsa, que forman las lomas de *Barranca Seca*.

Riva Palacio iba á la vanguardia y era el primero que debía resistir el empuje de las fuerzas enemigas.

Encontráronse con la caballería del General Antonio Alvarez.

Santiago Tapia con sus dos cuerpos de infantería y un regimiento de caballería, formando un total de 1,200 hombres, llegando al punto mencionado cuando los reaccionarios buscaban el apoyo de los franceses.

Los Generales Tapia y Alvarez cargaron sobre los flancos del enemigo arrollándolo por completo y arrojándolo á la honzonada para hacerlo prisionero.

El ejército mexicano se encontró en el anfiteatro cuando los franceses cerraron violentamente la salida, y cayeron de improviso llenos de rabia vengadora.

Entonces comenzó una zambra á la bayoneta que horrorizaba.

Los cuerpos de San Luis y Zapadores de Morelia hacían prodigios de valor, mientras las caballerías se diezmaban al sable.

Tapia había tenido que aceptar la batalla, y peleaba como un león acorralado y con tal encarnizamiento, que al caer la noche la victoria estaba al decidirse en su favor.

El ejército de Zaragoza hizo un esfuerzo para descender á una pequeña llanura.

Entonces, dice un testigo presencial, de los arbustos del *mal país*, de todas las arrugas de las lomas, del fondo de las laderas y rocas vecinas, salieron los soldados que desde la mañana permanecían ocultos, y un fuego nutrido de fusilería comenzó á causar estragos horrorosos.

Tapia no podía retirarse porque á su retaguardia se alzaba una colina inaccesible; además, el combate se empeñaba en todas direcciones, y retroceder era confesarse vencido.



III.

Cayó la noche y una sombra densa como la de la tempestad envolvió el campo de batalla.

Entonces se renovó el combate en las tinieblas. Las caballerías de la reacción se mezclaron con las nuestras, y los cazadores de Africa confundiólas con las defensoras de la República, las comenzaron á acuchillar, y la matanza se hizo terrible.

Aquella escena se alumbraba por los relámpagos de los cohetes á lo congreve. El fuego parecía languidecer, y era que estando confundidos los combatientes, se libraba la victoria en terribles combates personales.

Los Zapadores se habían agrupado en torno de su bandera cuando vieron caer prisionero al valiente coronel Tuñón Cañedo, á quien un grupo de reaccionarios procuraban arrancar de las manos la espada que aquel jefe llevaba en la defensa del cerro de Guadalupe.

Los Zapadores no dejarían arrebatarle el estandarte glorioso que los había acompañado en la arena del combate y en la revolución progresista, siempre victorioso. Aquel estandarte llevaba la condecoración del 5 de Mayo, era una prenda de venganza en manos de los franceses. Los soldados caían al golpe de los aceros y ya estaba próximo el momento de perder con la vida aquella enseña de las glorias nacionales.

El abanderado yacía tendido á los piés de la bandera, y franceses y reaccionarios estaban ansiosos de consumir el sacrilegio poniendo sus manos impías en aquel lienzo sagrado.

Marcelino Chávez, zapador de Morelia, tuvo una inspiración del cielo, arrebató la bandera y se dirigió con valor á una cajuela de parque donde arrimó el estandarte sagrado.

Quitóse el kepí, victoreó á la independencia é hizo fuego sobre la cajuela.

Incendióse el parque, subió una llamarada gigante que alumbró por un instante el campo de la lucha, y la más negra obscuridad se sucedió á ese relámpago de la muerte.

Aquella luz alumbró la heroicidad sublime y la abnegación de un buen hijo de México.

Marcelino Chávez, Trinidad Rosas y Trinidad Juárez, últimos de los Zapadores, no sobrevivieron á su bandera, presa del fuego: quedaron muertos junto á las cenizas del lábaro de la independencia.

Sus tumbas las cubre la sombra de la patria!.....

Los combatientes trataban solamente de reconocerse para organizar la batalla, y por instinto, los franceses se cargaban

hacia el camino de Orizaba, y los mexicanos al de las Cumbres. Este movimiento casual y simultáneo dió término á la lucha.

Los dos ejércitos retrocedieron á sus campamentos. Ambos combatientes tuvieron muertos, heridos y prisioneros.

La victoria había quedado indecisa, no había vencedores ni vencidos.

La acción de Barranca Seca no fué otra cosa que el choque de dos locomotoras sobre los mismos rieles.

Dos máquinas que se encuentran impulsadas por el vapor, se destrozan, y cediendo al impulso que las arroja, retroceden sobre la vía.

La batalla fué gloriosa para México, porque como en todos los encuentros, el ejército de Zaragoza había peleado con fuerzas superiores en número aunque no en heroicidad de entusiasmo.

IV.

Esa misma noche y ya al retirarse la destrozada columna de los franceses, Don Fernando se acercó á Wask y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo.

—¿Qué os ha parecido la jornada?

—¡Terrible! contestó el aventurero, estoy impresionado de una manera profunda.

—¿Y qué augurais de todo lo que pasa?

—Que estamos en el cráter de un volcán, que con otra victoria como esta estamos derrotados.

—Os acordais á tiempo de esa frase.

—¿Y qué remedio poner á esta situación tan desesperante?

—Ninguno, Wask, ninguno.

—¿Entonces, qué hacemos, Don Fernando?

—Mientras el ejército mexicano tenga á la cabeza al general Zaragoza, no hay esperanza; á ese hombre lo sigue de cerca la fortuna, parece que la lleva encadenada en su acero.

—¿Creéis acaso en el destino?

—El sol de Mayo no se ha puesto aún para Zaragoza; hasta su nombre es de fatalismo para nosotros.

—¡Pero esto es increíble! gritó el aventurero, jamás la bandera francesa ha retrocedido.

—Retrocede hoy, amigo mío, retrocede, ya lo veis.

—¡Ira de Dios! esto es demasiado.

—¡Por lo menos, más de lo que podíamos calcular.

—Este imbécil de jefe supremo que ignora hasta los caminos!

—No habléis de ese hombre; causa rubor que se le haya colocado como antagonista al gobierno de Juárez; echad una mirada á su círculo y comprenderéis que esa forma de gobierno no puede vivir más.

—Yo desearía que lo eliminasen, estamos en guerra, y esa especie de administración es ridícula.

—Sí, es atroz llevar á un gobierno entre los bagajes de un ejército.

—¡Estoy desesperado! hemos perdido hoy á muchos de los jefes.

—Zaragoza ha tenido bajas muy considerables.

—Eso poco nos interesa, tiene á retaguardia á un ejército, mientras nosotros sólo contamos con algunos buques para regresar en medio de la vergüenza á las playas europeas.

—No hay remedio, Wask, Zaragoza es un gran general.

—Pero un solo hombre.

—Uno solo, amigo mío, su nombre es decisivo. Zaragoza es el ídolo de su ejército, á su vez mueren esos soldados, como los rusos, besando la estampa de San Nicolás.

Wask se quedó unos instantes meditabundo, después levantó el rostro con una irradiación del infierno, y dijo á Don Fernando.

—Caballero, yo tengo una deuda, y es preciso satisfacerla; adios!

Y azotando á su caballo árabe desapareció entre el silencio de las sombras y las rocas de la montaña.

Don Fernando lanzó una carcajada que llegó á los oídos del aventurero en alas del viento de la noche.

V.

A la mañana siguiente aparecieron en el campo de Barranca Seca dos secciones de observación, una francesa y otra mexicana.

Ambos generales mandaban ver si su adversario había levantado el campo.

Los republicanos recogieron á sus heridos y enterraron á sus muertos.

Poco después los franceses hicieron una fosa común y dieron sepultura á sus soldados, no encontrando ya las armas, que instantáneamente recogieron los guerrilleros.

Los soldados de la reacción quedaron insepultos, los franceses negaban hasta una tumba á sus aliados.



VI.

En una de las laderas del camino estaba un capitán republicano, bañado en sangre y con una herida que le dividía el rostro.

Acercóse el médico de la ambulancia, que era Felipe Cuevas.

—¡Demonio! á este hombre le conozco perfectamente.

Separó el cabello, limpió la sangre al herido y dió un grito de desesperación: aquel hombre era el capitán Pablo Martínez.

Luego que el herido se sintió refrescar con el agua, abrió los ojos y reconoció á Felipe Cuevas.

—¡Vive! exclamó el médico, y mandó ponerle en la camilla.

—Creo que es bien poco, dijo reconociéndole la herida, se trata nada más que de una cicatriz.

Curó á Pablo Martínez, que por la pérdida de la sangre se había desmayado.

Luego que llegaron al hospital, le dió alimento, y el bravo guerrillero pudo hablar.

—¡Malditos cazadores! en un tris me rebanan como una sandía.....

—¿Qué le ha pasado á usted, capitán?

—Nada, he perdido un pedazo de oreja, y conservaré toda mi vida este garabato como un recuerdo de la batalla de Barranca Seca.

CAPITULO III.

DE COMO SE PUEDEN ENCONTRAR DOS EXHALACIONES EN UN PUNTO DADO EN EL HORIZONTE.

I

El caballero Mons había dado hospitalidad á Manuel Mondongo, á quién se encontró cerca del campo de los franceses atravesado de una estocada.